

LOS PASTOS DE LOS ALPES.



Esposicion de 1863. Pintura.—Segadores de los Alpes (canton de Uri en Suiza), por Bachelin.—Dibujo de Yan^e Dargent,
SEGUNDA SERIE.—1865. AÑO XXIII. 29.

El nombre de *Alpe*, tomado en su sentido estricto, designa los pastos de los montes adonde los pastores llevan los ganados durante el estío, y donde preparan la manteca, el queso, y el suero. Estos alpes, cuyos límites naturales los forman las lomas de las peñas, ó que están separados por débiles paredes ó empalizadas, son comunes ó particulares. «Los que disfrutan de los primeros, dice Lutz, no pueden llevar debidamente sino la cantidad de ganado que alimentan durante el invierno. La participacion de cada dueño de ganado en el producto de un alpe, se calcula de diversos modos: las mas veces es en proporcion de la leche pesada ó medida que sus vacas suministran á la masa comun. Generalmente el producto de un alpe se calcula por su tamaño y bondad, y el número de vacas que puede contener está fijado por ordenanzas. La estension de terreno necesario para alimentar una vaca en determinado tiempo se llama *stoss*. Así dicen: «este alpe tiene cien *stoss*.» En otros países se contentan con decir: «Pueden estivar tantas vacas.» Los mas de los alpes están divididos en escalones, que por lo comun son tres, de los cuales el mas elevado no se ocupa antes del mes de agosto. El heno que recogen en los parajes inaccesibles al ganado se denomina heno silvestre, y los que hacen esta peligrosa recoleccion se llaman cogedores de heno silvestre. En aquellas alturas crece una yerba fina, verde y aromática, la mejor de todas para el ganado. Los montañeses de Suiza y del Tirol van á buscarla hasta las mas escarpadas cimas, valiéndose de un baston de hierro y de garfios que llevan en su calzado. Para esta recoleccion no se sirven de hoces, que serian demasiado incómodas en aquellas peligrosas pendientes, sino de unas pequeñas guadañas.

Los pastores que guian los ganados por las montañas habitan en chozas construidas de madera cubiertas con tablas y con grandes piedras. En las regiones mas altas estas chozas son de piedras amontonadas, y en algunos puntos únicamente hay unos cobertizos, donde se refugia el ganado durante el mal tiempo y se ordeñan las vacas.

La penosa vida de estos pastores ha sido descrita por Tschudi en su excelente obra sobre los *Alpes*. Las mismas costumbres pueden observarse en los montes del Tirol. Veamos lo que acerca de ellos dice Marmier en su *Viaje por Alemania*. «Los hombres encargados de cuidar los ganados se establecen sobre los montes en miserables chozas de madera, con los intersticios tapados de cualquier modo con musgo, abiertas por muchas partes y con frecuencia obstruidas con nieve. No hay en ellas sino un gran fogon cuadrado de dos piés de alto, el cual sirve al mismo tiempo de hogar, de banco y de mesa. Se acuestan sobre el desnudo suelo, y todos los sábados por la noche la gente del pueblo envía á esta colonia la provision de pan y harina para la semana. Aparte del que les trae estos alimentos, los habitantes de las chozas se pasan meses sin ver á nadie. Si el tiempo es bueno, los ganados se quedan fuera dia y noche; pero suelen venir tempestades, lluvias y tormentas que obligan á los pastores á hacer volver á las cuerdas todo el ganado. Entonces es menester proporcionarle el alimento, é ir á arrancar alguna yerba por los sitios mas escarpados, hasta la punta de las rocas. En estas penosas empresas el habitante del Tirol toma sus cabras por guia y las sigue con ágil paso sobre la pendiente de las montañas hasta las mas quebradas estremidades, aunque muchas veces no puede llegar al sitio adonde ellas se arrojan con un ligero salto. Sobre un pico agudo ve una espesura de plantas frescas, y su ardor se reanima; se arrastra hasta ese pico va-

liéndose de piés y manos, se agarra de cada grieta y de cada prominencia de la roca, sube hasta la cima y vuelve en triunfo con su gavilla flotante, como si hubiera conquistado el Vellochino de oro. Otras veces en los costados mismos y en las aberturas de las rocas resbaladizas cortadas á pico, ve flotar esa verde yerba, cuyo aspecto ejerce sobre él una especie de fascinacion. No hay sendero alguno para llegar allí ni sitio donde sentar el pié, sino una pared derecha como una muralla y el precipicio abajo. Pero el deseo de aumentar la provision necesaria para su ganado, y acaso tambien el atractivo de la dificultad, lo dominan mas que la idea del riesgo. Llama á dos compañeros, se ata á una cuerda cuya punta sujetan estos, y se deja resbalar por lo largo del peligroso declive. Mas ¡ay! todos los años algun infeliz sucumbe victima de esas fatales imprudencias, y lo que es horroroso de decir, estos terribles accidentes solo escitan una débil sensacion. Los campesinos de aquellos pueblos nos refieren tranquilamente que un hombre ha caído de lo alto de una roca y se ha estrellado. Si, á la inversa, se pierde una vaca en un precipicio, se oyen lamentos de interminable dolor. Háblase de la insensibilidad moral que la fortuna ocasiona; pero la miseria la suele producir mucho mas triste y mas cruel.»

RAIMUNDO LULIO.

CONSIDERADO COMO HÉROE DE LEYENDA, COMO SABIO EMINENTE, Y COMO ADALID DE LA CRISTIANDAD.

¡Orgullosos mortales, humillaos ante el genio, humillaos ante ese destello de la inteligencia divina, humillaos ante Raimundo Lulio! Fué el mismo genio de la ciencia que le animó y le dió vida; el fervor de sus creencias, la santidad de sus costumbres le convirtieron en campeón del Salvador, hijo de David, para que reivindicara la herencia de Salomon, guiando por el tenebroso camino de las supersticiones y del error á los verdaderos creyentes, que carecian de los esplendores de una ciencia universal para comprender la grandeza y sublimidad de las doctrinas evangélicas.

Pseudos sabios le han calificado, con abierta injusticia, de visionario; otros muchos de fanático y soñador turbulento; pero los siglos acrisolan y purifican las opiniones; curan las dolencias de los espíritus superficiales, y hermanando la leyenda con la historia, nos retratan los ilustres varones con toda la originalidad propia de su tiempo.

Raimundo Lulio figura en las leyendas de la Edad media amante entusiasta como Abelardo, iniciado en las ciencias ocultas como el doctor Fausto, célebre alquimista como el fabuloso Hermes, penitente y sabio como San Gerónimo, viajero sin descanso como el Judío Errante, piadoso é iluminado como San Francisco de Asís, mártir como San Esteban, y glorioso en su agonía y muerte como el Redentor del humano linaje.

Un dia de domingo del 1250, dice la leyenda, entra en un templo de Palma de Mallorca Ambrosia de Castelo, natural de Génova, y dama distinguida por discrecion y hermosura. Un arrogante mozo, lujosamente ataviado, y que monta un brioso corcel, la ve próxima á atravesar el umbral del templo; la mira con asombro; queda estático por breves instantes, y tan luego como la dama desaparece da de espaldas maquinalmente y con fuerza á su caballo, y entra

en el templo del Dios Eterno. ¡Horrendo espanto! ¡grave escándalo! ¿quién es el hombre osado, quién es el audaz, que se atreve á profanar el templo del Señor?—Gritan todos ¡Raimundo Lulio! mayordomo del régio alcázar: tiene esposa y tres hijos. El primero lleva el mismo nombre del padre; el segundo es Guillermo, y la casta Magdalena completa el número.

Ambrosia de Cast-lo es una mujer virtuosa, y está enlazada al pié del altar con un noble mallorquin, hombre discreto y que disfruta de buena y merecida fama. A Raimundo, por el contrario, se le tilda de seductor maligno, y da cada vez mas testimonios de estragadas costumbres. Ambrosia confusa y con los ojos empapados en ardorosas lágrimas consulta á su amado cónyuge sobre el triste caso de la entrada repentina y escandalosa de Raimundo Lulio en el templo del Señor. El cónyuge la prodiga palabras amorosas, y lejos de darse injustamente por ofendido, la dice con afectuosa delicadeza, que la responsabilidad de aquel suceso la tienen sus encantos y su hermosura, y no malas intenciones ó depravados deseos de su corazón siempre puro.

Raimundo había escrito á madama Ambrosia una esquelita concebida en estos términos: «Señora: me habeis inspirado un sentimiento extraño, sobrehumano, fatal: respeto vuestro honor, y sé que pertenecéis á otro; pero me ha herido un rayo, necesito daros testimonios de mi afecto, necesito hacer sacrificios, necesito hacer milagros en vuestro abono, necesito hacer penitencia como un anacoreta y proezas de caballero andante.» Ambrosia le contestó, aconsejada por su querido y amado cónyuge, en esta forma: «Para corresponder á un amor sobrehumano, á ese amor que os he inspirado, necesitaría una existencia inmortal. Ese amor debemos plena y heroicamente sacrificarlo, durante nuestra vida, á los seres que nos pertenecen. Deseo, sin embargo, que nuestra existencia sea eterna ó raye en ello, para que llegue el momento en que Dios y el mundo nos permitan amarnos. Creo que existe un elixir de la vida: buscadle, y venid á verme despues de haberle encontrado. Hasta que esto no suceda, vivid por vuestra esposa y por vuestros hijos: yo viviré tambien por el esposo á quien idolatro. No os digo mas; si me veis en la calle, os suplico no mirarme.»

Raimundo Lulio desaparece, todos ignoran su paradero, pero la leyenda dice que se ha dedicado á la alquimia y que busca la piedra filosofal. Al cabo de muchos años su esposa baja al sepulcro, y Ambrosia á su vez queda viuda desolada y triste.

Inesperadamente un día ve entrar en su aposento á un anciano pálido y calvo, con una ampolla llena de un elixir color de fuego en su mano derecha, descarnada y trémula: avanza con pasos inciertos y vacilantes, y busca con sus ojos hundidos y sus pupilas casi apagadas á Ambrosia, que está recostada en un sillón de brazos y Raimundo no la reconoce, porque se la imagina todavía joven y hermosa como la vió en el sagrado templo de Palma. «Aquí estoy, dice la dama al anciano ¿qué quereis?» Al sonido de su voz nuestro alquimista se estremece; pero la ilusión no se disipa, la cree joven aun; se arroja á sus piés, y la enseña con amoroso delirio la ampolla: «Tomadla, le dice, bebed este elixir: es la vida. Han trascurrido treinta años, y por último lo he encontrado: es el elixir de la inmortalidad, no lo dudo.—¡Lo habeis encontrado!» contesta Ambrosia con una triste sonrisa. «Sí: y despues de haber bebido un poco de este licor, añade Raimundo, me he quedado dos meses sin tomar alimento; he sufrido los tormentos del hambre, pero sin que-

brantos, y hoy son mayores mis fuerzas, y mi vida es mas recia.—Lo creo, pero ese elixir, mi buen amigo, no es un fármaco contra el peso de los años, ni devuelve su frescura y lozanía ni su hermoso colorido á las marchitadas flores,» y presentándole un espejo terso y reluciente, le dice. «¿Sois vos aquel Raimundo que, dando de espuela á un brioso corcel, entró en el templo de Palma, hace ya treinta años?»—Nuestro alquimista retrocede sobrecogido de un lastimoso espanto. Su rostro macilento y pálido, su calva, su cuerpo encorvado le dan á conocer que no hay elixir que remedie los estragos de los años. Entonces Ambrosia se descubre la cabeza, y despues de haberle enseñado sus canas, le dice desabrochándose: «Mirad ahora mi pecho: ¡horrendo espectáculo!... estaba todo corroído por un gran cáncer. ¿Quereis por ventura, Raimundo, inmortalizar todo este esqueleto?» y luego sigue en esta forma: «Escuchadme: treinta años ha que yo os amo, y no pretendo ahora condenaros á sufrir los tormentos de una perpétua vejez, no querais, pues, que yo me someta á tan dura pena. Dejad que venga aquella muerte, que podemos llamar nueva vida; dejadme trasformar en otra juventud mas dichosa que la antigua: no quiero vuestro elixir, que prolonga la noche de la tumba; yo aspiro á la inmortalidad.» Raimundo Lulio arroja al suelo la ampolla, y dice á su dama: «Os he libertado ya, volad al cielo, volad á la inmortalidad, que os espera: yo quedaré en esta vida terrestre, que es peor aun que la muerte.» Luego se cubre el rostro con ambas manos y huye anegado en lágrimas. Al cabo de pocos meses un fraile de San Francisco auxilia á Ambrosia de Castelo en su agonía, y ese fraile es Raimundo Lulio. ¡Ah, lo ha perdido todo! ¡ha perdido los últimos restos de las memorias é ilusiones del abril de sus años! anhela la paz del sepulcro, y halagan únicamente su espíritu el silencio solemne y la oscuridad de la tumba; pero no le es permitido morir. Revolotean en su derredor aves nocturnas, precursoras de la destruccion del hombre; pero ha bebido Raimundo el elixir de la inmortalidad, y una crisis misteriosa hace renacer en su cuerpo estenuado y macilento el germen de la vida. Le parece que el Salvador del mundo le alarga su mano; pero tristemente la retira, y nuestro alquimista pierde la esperanza de morir. ¿Qué le queda, pues, sino elevar al cielo fervorosos ruegos, para que le conceda acometer en su prolongada é indefinida existencia empresas santas y magnas?

Conoce la piedra filosofal y el gran secreto de trasformar todos los metales en oro; pero no ambiciona riquezas, desea el eterno descanso de la tumba y no puede encontrarlo: vive abrumado de aflicciones y dolores.—¡Dios eterno!... ¿Qué prodigio tan nuevo es este?... Aparece á Raimundo un árbol, cuyas hojas verdes y hermosas frutas despiden rayos luminosos: nuestro alquimista experimenta en su interior un sentimiento desconocido y sublime al propio tiempo: un sentimiento que le revela la grandeza del Ser y de la armonía asombrosa de todo lo creado; un sentimiento que le revela todos los secretos de la Cábala... ¡Es el árbol de la ciencia, y Raimundo echa los cimientos de una ciencia universal! Sus contemporáneos le dan el título magnifico de DOCTOR ILUMINADO; la posteridad sanciona este título, lo graba en letras de oro sobre el frontispicio del templo de la Fama, y Raimundo espira al pié del árbol misterioso. «Te he concedido ya la paz y el reposo que anhelabas, dice en tono suave y celestial una voz, que parece bajar de lo alto; te las he concedido ya, porque, despues de haber inmortalizado tu nombre, quiero que vivas siempre feliz al lado de Ambrosia de Castelo: yo mas poderoso que tu

elixir, perpetúo la existencia de los espíritus en la mansión de la eterna bienaventuranza, y no la de los despojos mortales caducos y marchitados en este valle de miserias.» Aquí acaba la leyenda, y vamos a entrar en la historia.

Las repetidas invasiones de los bárbaros septentrionales habían sumido a la Europa en las tinieblas de la mas profunda ignorancia, y los pocos sábios que florecían en el siglo XIII, eran comparables en un todo a las grandes estrellas, que en una noche de invierno despiden a cortos intervalos ráfagas de brillante luz al través de las agolpadas nubes que encapotan el firmamento. En el reducido número de esos ilustres varones ocupa un lugar preferente Raimundo Lulio, que abrió los ojos a la vida mortal hacia el año de 1235 en Palma de Mallorca. Vástago de noble estirpe y muy rico, pasó su edad juvenil en la corte de Jaime I rey de Aragón; fué mayordomo de su palacio, y vivió entregado al libertinaje. Pero apenas rayaba en los treinta años cuando abandonó el mundo y vistió el hábito de San Francisco, separándose del talamo nupcial y de los hijos que tenía. Desde entonces su conducta fué ejemplar; practicó todas las virtudes cristianas, y concibió el gran proyecto de fundar una cruzada enteramente espiritual, y muy distinta de las que marchaban contra los infieles para vencerles y humillarles con la fuerza de las armas.

La cruzada de nuestro Raimundo debía componerse de teólogos muy doctos, que tomaran a su cargo la conversión de los sectarios de Mahoma, mediante sus persuasivas insinuaciones y su buen ejemplo. La idea era muy laudable y digna de los PP. de la Iglesia primitiva; pero no pudo realizarla a pesar de todos sus esfuerzos. Es cierto, sin embargo, que su proyecto le facilitó la senda que conduce al templo de la sabiduría, lugar sagrado en donde están depositadas las coronas de inmarcesible laurel, que ciñen las sienes de los sábios, porque nuestro cenobita estudió detenidamente las lenguas orientales, las mejores obras de los árabes y la filosofía, a fin de hallarse bien armado y en muy buen terreno contra los doctores musulmanes, enemigos del nombre cristiano.

Estos estudios muy severos, sus largos desvelos por amor a la sabiduría, el deseo de dar un poderoso impulso a la cultura intelectual muy escasa de su siglo, hermanados con las dotes de su mente robusta, le sugirieron una producción curiosa y nueva, titulada el *ÁRBOL DE LAS CIENCIAS*. En esta obra representa los principios y las facultades intelectuales, considerándoles como base del gran edificio científico, y semejantes a las raíces y al tronco de los vegetales; sus funciones y actos les compara a las hojas y a las ramas de un árbol, y sus efectos y resultados a las flores y frutos que el árbol produce. Esta obra singular y muy original de Raimundo Lulio, hoy no es mas que una reminiscencia gloriosa de sus trabajos científicos; pero si no queremos perder de vista el siglo en que vivió, nos vemos obligados a convenir en que fué una de las concepciones mas colosales del entendimiento humano.

Su *ARTE MAGNA* y su *ARTE BREVE*, prescriben reglas para un buen método de estudios, a fin de que las ideas mas abstractas y generales pudiesen facilitar con sus mútuas combinaciones al hombre pensador el medio de conocer con rectitud y buen criterio lo que tienen de falso ó verdadero una proposición, una teoría ó una doctrina, y el de descubrir verdades nuevas.

Raimundo Lulio dictó lecciones y emitió sus doctrinas en Montpellier por los años de 1276, en Roma por los de 1285, en París por los de 1287, en Génova por los de 1289;

y contribuyó ademas a la fundación de cátedras en Francia, en Italia, en España, y a la de una multitud de colegios destinados a la enseñanza de las lenguas orientales y del *ARTE MAGNA* ó *UNIVERSAL*.

Nuestro Raimundo visitó tambien la Alemania, y estando en Viena recibió cartas de Roberto Bruce, rey de Escocia, y de Eduardo II de Inglaterra, que le solicitaban trasladarse a sus respectivas cortes. Tenia a la sazón setenta y siete años, y, sin embargo, marchó resueltamente a Inglaterra, porque a pesar de que su decrepitud necesitaba paz y descanso, no vaciló en arrostrar los peligros de una larga navegación, esperando que el monarca británico le facilitaría recursos para la realización de su cruzada, cuyo único y firme propósito era, como queda ya consignado, propagar las doctrinas evangélicas en los países mahometanos.... ¡Van as esperanzas! El hombre ve siempre las cosas al través del prisma de sus pasiones. Eduardo, naturalmente avaro y codicioso, solicitó la venida de nuestro Raimundo a su corte, porque la fama vocinglera, que le proclamaba príncipe de los alquimistas, le habia hecho nacer el deseo de aumentar su tesoro, explotando la ciencia hermética del sabio mallorquín. Sea como fuere, lo cierto es que Raimundo Lulio fué acogido por Eduardo con agasajo y testimonios de afecto. Juan Cramer, abad de Westminster, que se ocupaba tambien de alquimia, se espresa en esta forma acerca del particular: «Presenté Raimundo al rey, que le recibió graciosa y honorablemente, y ese hombre único se manifestó muy agradecido a la Divinidad por haber llegado a tener mucha ciencia en un arte que le proporcionaba los medios de hacer rico al rey. Luego le prometió que serian suyas todas las riquezas que podría desear, bajo la condicion de que Eduardo las emplearía contra los turcos, marchando él mismo a la cabeza de los ejércitos destinados a combatir por el triunfo de la fé católica.»

Terminada la entrevista, Raimundo fué alojado por Cramer en una celda de la abadía de Westminster; pero al cabo de algun tiempo el monarca inglés mandó que se le diera un cuarto en la torre de Lóndres, y entonces Lulio se dedicó con mas ahínco a los secretos de la alquimia.

Los mas afectos al estudio de la piedra filosofal afirman serena y resueltamente, que durante el reinado de Eduardo se acuñaron en Lóndres cincuenta mil pesos de oro, producidos de igual cantidad de mercurio, estaño y plomo, convertidos por Lulio en metal precioso; y el arqueólogo Camden cree que las piezas de oro llamadas *Nobles a la rosa*, ó *Nobles de Raimundo*, acuñadas en tiempo de Eduardo, las debió la Inglaterra a la trasmutación de los metales obrada por Lulio.

Algunos escritores del siglo XVI y XVII afirman que en su tiempo existían aun en algunos museos numismáticos varias de esas piezas. «Si esto es cierto, dice Pouchet, tiene visos de mucha probabilidad que los *Nobles a la rosa*, obra de Raimundo Lulio, no fueron mas que una falsificación de moneda, practicada por nuestro alquimista bajo los auspicios de un príncipe depravado y culpable (1).» Nosotros juzgamos lo propio; pero no queremos pasar por alto en esta circunstancia, que la operación de Lulio no dejaría de ser admirablemente ejecutada, porque se lee en su codicilo que habia aprendido bajo la férula de su maestro, Arnaldo de Villanueva, alquimista muy célebre, la verdadera ciencia hermética y el modo de penetrar en sus secretos (2).

(1) Véase Pouchet, *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, pág. 374 y sig. París, 1853 (En francés.)

(2) Obr. cit., pág. 376 y sig.

Recorriendo detenidamente la historia, se observa que en todas las épocas figuran ciertas dolencias y afecciones morales muy comunes y generalizadas, y que se encarnan con los esfuerzos científicos y literarios de la humana inteligencia en términos tan violentos, que agitan y embriagan todos los espíritus, los cuales en sus mismos delirios no dejan de producir algo de nuevo, extraordinario y útil. Esto ha sucedido con la alquimia: las tentativas de convertir en oro el estaño, el plomo, el mercurio, etc., no han tenido resultado ninguno; pero debemos á los alquimistas una abundante cosecha de invenciones y descubrimientos; les debemos, en fin, muchas teorías y una multitud de principios científicos que sirven hoy de base al estudio de la química: y nuestro Lulio contribuyó en su tiempo á esta grande obra, habiendo cultivado con éxito feliz no solo la teología, sino también la física, las matemáticas y todas las ciencias naturales en general.

Podríamos citar en estas columnas los nombres de varios autores; los cuales, llevados en alas mas bien de su entusiasmo y mucha admiración, que de su buen juicio y sana crítica en abono de Raimundo Lulio, afirman exageradamente que escribió mas de mil obras. Pero nosotros pasamos por alto los nombres de estos autores, porque lejos de atenarnos á su aserto, nos parece mas lógico decir que Raimundo fué uno de los varones mas laboriosos de su época; que fueron muchas las doctas producciones que salieron de su bien cortada pluma, y que si existiesen aun todas sus obras, tendríamos sobrados motivos para colmarle de mayores elogios (1).

Pero ¿es cierto que debemos á Raimundo Lulio el descubrimiento de la aguja magnética como lo pretende el P. Pascual (2)? En nuestra obra titulada: *Estudios sobre la vida de Alberto el Grande y su siglo*, nota 6.ª, Madrid, 1864, hemos sometido á un exámen critico muy severo la opinion del P. Pascual, y hemos dado á conocer á los lectores, que todos los argumentos, largos raciocinios y mucha erudición, en que apoya su aserto, se reducen á conjeturas, mas ó menos probables, y á un escaso número de hechos, de los cuales no puede deducirse bajo ningun concepto que la aguja magnética se aplicó perfecta y terminantemente á la navegacion antes del amalfitano Flavio Gioja, célebre marino, y á quien debemos en realidad un descubrimiento tan prodigioso y útil. Los que deseen, pues, enterarse á fondo de esta gran cuestion, podrán recorrer la nota 6.ª de la obra citada.

El P. Pascual pretende también que Raimundo Lulio conoció la situacion de la América: el primer aserto de este autor trae origen, á nuestro entender, de una opinion equivocada; pero el segundo no vacilamos en afirmar que carece de base, porque se funda en suposiciones y conjeturas enteramente imaginarias. Es cierto que en los siglos XII y XIII los escandinavos emprendieron largos viajes de exploracion, surcando las olas tempestuosas de los mares septentrionales, y que descubrieron tierras igno-

radas, que pertenecian tal vez al continente americano, cuya existencia entonces ni siquiera se sospechaba; pero esos viajes no sugirieron á ninguno de los sábios, que florecian á la sazón, y tampoco al ilustre Raimundo Lulio la idea de que nuestro globo no dejaria de estenderse allende el vasto Océano en otras tierras, bien fuesen continentes ó grandes islas. En esta circunstancia el P. Pascual no ha hecho mas que dar rienda suelta, como otros muchos, á sus deseos y á un exagerado amor de patria, atribuyendo á Raimundo Lulio invenciones y descubrimientos que no le pertenecen. Nosotros, pues, lejos de censurarle nos contentamos con decir, que el descubrimiento de América, debido todo al inmortal Colon, se ha atribuido también por algunos escritores á los fenicios y otros pueblos de la antigüedad, sin reparar en que en esos tiempos tan remotos los navegantes mas atrevidos no osaban separarse mucho de las costas, y que surcaban las olas del mar mas bien á la ventura, que con pleno conocimiento del arte de navegar.

Pero en atencion á que el reverendo padre maestro Pascual, nos ha dejado consignadas muchas noticias curiosas é importantes acerca del descubrimiento de América, vamos á transcribir á continuacion un trozo, extractado de su obra arriba citada.

Hablando del flujo y reflujo del mar, dice: que tal vez no son muy sólidas ni fundadas las teorías emitidas por Raimundo Lulio, acerca de este fenómeno; pero luego añade que á pesar de que él ni las defiende ni las refuta, cree terminantemente que el flujo y reflujo del mar dió á conocer á nuestro Lulio la existencia del gran continente occidental que hoy se llama América. Hé aqui como se espresa en toco é incorrecto lenguaje:

«Prescindo por ahora de si son ó no convenientes las razones que da el B. Lulio de la causa del flujo y reflujo del mar grande; y solo advierto ser cierto que por ellas conoció y tuvo por cosa fija que determinadamente á la parte de nuestro Ocaso hay continente de tierra: la que entonces anónima, despues de descubierta llamamos tierra de Indias y América. Demuestra que este conocimiento lo tenia fijo en su mente, diciendo que en su libro *Fénix de las Maravillas del Orbe*, habia sentado lo mismo, aunque muy brevemente; pues trat. 4.º, cap. 10.º, núm. 16.º, en que esplica por qué el agua del mar es salada, entre otras cosas dice de la misma: *y porque la tierra es redonda, el agua se mueve al rededor y en ondas ó á oleadas, segun el balance de su rotundidad: por la cual se mueven las ondas de la mar hácia la tierra*, y se mueve la mar de Inglaterra, *pues balanceando se inclina en un tiempo á una parte y en otro á otra*.

«En este conocimiento cierto de que determinadamente á nuestro ocaso habia gran continente de tierra, y particularmente en afirmarlo por razon filosófica fué el primero el B. Lulio; porque la pura suposicion de Antipodas, que admitieron muchos antiguos, es un pensamiento vago que no nos declara sitio determinado de la tierra antipodal que por infinitos rumbos, en caso de intentarlo, se podia buscar. La Atlántide de Platon la tienen los mas por fabulosa; y en suposicion de creerla, solo se entiende que estaba fuera del estrecho, y se podia buscar por el Sur, Norte y Poniente, y sus intermedios rumbos: por lo que no constaba de su sitio fijo, cual se demuestra en el razonamiento del B. Lulio. Pero sea como fuere, de estos discursos vagos de aquellos antiguos, dan por cierto los autores que lo tratan, que mucho antes y aun mucho despues del B. Lulio, por no haber leído sus libros era del todo ignorada aquella tierra hasta que desengañó á todos la esperiencia de Colon, cuyos razona-

(1) De Gerando leyó en 1818 y 1819, en la Academia de las Incripciones, tres excelentes y muy elaborados discursos acerca de la vida, los escritos y el *Gran Arte* de Raimundo Lulio.—Tenemos entendido que en la actualidad un sábio valenciano se ocupa en escribir otra obra por el mismo estilo, dando noticias mas estensas y eruditas de las que se encuentran en De Gerando acerca de Raimundo Lulio.

(2) *Descubrimiento de la aguja náutica y de la situacion de América*, etc., etc., por el Rdo. P. M. D. Antonio Raimundo Pascual.—1780.

mientos é ideas antes los tenían muchos por imaginaciones vanas. Aun los antiguos y modernos, que tratan filosóficamente del flujo y reflujo del mar, jamás han dado, si no me engaño, en el pensamiento ya espuesto del B. Lulio; si bien los mas dan por causa al sol y la luna, y lo declaran de varios modos muy diferentes del Luliano.

«El mismo juicio firme y constante de que á nuestro Occidente habia tierra grande, fué el que movió á don Cristóbal Colon para emprender su viaje, como refieren los autores, y por todos Mariana en su Historia de España, lib. 26, capítulo 3, dice: «El se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos *hacia do se pone el sol*, habia tierras muy grandes y espaciosas: hizose, pues, Colon á la vela á 3 de agosto de Palos de Moguer, do se apostaron las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las Islas Canarias: desde allí, *tomando la derrota del Poniente*, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas que llamó las islas del Príncipe.»

«Lo que algunos dicen de que aquel marinero, que llevado por una tempestad á tierras no conocidas, volviendo atrás llegó á la isla de la Madera, y albergado en casa de Colon, que acaso se hallaba en la isla, murió y dejó á Colon la memoria de su derrota, es una historia muy incierta que muchos tienen por fabulosa, é inventada para minorar el mérito de aquel héroe. Tales son los autores imparciales de la *Historia General de los Viajes*, tom. 20, part. 3, lib. 5; en la *Introduccion*, pág. 229, donde afirman que esta voz *parece se destruye por la misma navegacion de Colon, que no pensó en guiar al Sur* (derrota que dicen habia tomado aquel piloto), y por todas las circunstancias de su conducta: segun lo que en el *Primer viaje* de Colon, pág. 237, afirman que perdió de vista las Canarias gobernando hacia el Occidente.

«Mas natural es pensar que movió á Colon la fuerza de la razon que daba de haber de navegar en derechura al Occidente, porque decia que *el balanceo* del orbe terraqueo necesitaba de un continente en el ocaso opuesto á nosotros: que es el mismo discurso del B. Lulio que va espuesto. No era don Cristóbal Colon un puro marinero operario, sino sabio en la náutica. Era, como dice Robertson en la *Historia de la América*, de familia distinguida en Génova, si bien por la corta substancia de su casa se aplicó á la náutica, y acaso por natural impulso que entonces era muy apreciada. Estudió la lengua latina, las matemáticas, geometría, cosmografía, astronomía y diseño, y sin duda aquellas observaciones filosóficas que son necesarias para que un náutico sea sabio en este ejercicio. Llegando á su noticia, la academia de matemáticas que el príncipe Enrique de Portugal habia instituido en Sagres, cerca del Cabo de San Vicente, con cuya instruccion habian ya los portugueses adelantado mucho en su navegacion, vino con otros italianos á esta escuela, que le fué de tanto provecho, que dice Robertson citado, lib. 1, pág. 88: *en esta escuela se formó el descubridor de la América*.

«El informe, dictámen y razonamiento de Colon de hallarse grandes tierras en el Occidente, cuando no hay otro autor de donde pudiese saberlo, me hace conjeturar que lo tomó de los libros del B. Lulio; porque es constante que, segun el autor coetaneo de la vida del B. Lulio, este dejó en Génova en poder de un amigo suyo muchos de sus libros, de los que pudo sacar Colon, ú otro versado en ellos, la especie que se imprimió tenazmente en su entendimiento. Puede ser que la casa de Colon fuese aquella donde el Beato Lulio dejó sus obras, pues de las antiguas memorias

é historias de Mallorca, consta, que *Estéban Colon*, genovés, que se hallaba en Bugia, cuando el B. Lulio fué martirizado por los moros, pidió al rey su cuerpo, y lo tomó con intencion de llevárselo á Génova por ser muy conocido suyo y de toda Génova, donde tantas veces habia estado. Esto indica particular apego de Estéban Colon; y acaso por esto quedó en la casa de Colon afecto y devocion al B. Lulio lo que, junto con la verosímil posesion de sus libros, hace muy conforme que Cristóbal Colon se inclinase á sus escritos y dictámenes.

«Por otra parte es manifesto que en el siglo XV, en que; se afirmó Colon en sus ideas, estaba en Génova en aprecio la doctrina del B. Lulio, pues el año 1510 se imprimieron en Valencia algunos de sus libros á espensas é instancias de Bartolomé Gentil, *noble genovés*, como lo esplica Alfonso de Proaza, que cuidó de la impresion, en la dedicatoria al mismo Gentil, de quien refiere que tenia determinado hacer estampar los libros de medicina y astronomia del Beato Lulio.

«El mismo Proaza año de 1515 en Valencia, á espensas y con la proteccion del señor cardenal Cisneros, imprimió un tomo en folio de algunos libros del B. Lulio; y al fin de este volumen pone una recomendacion al P. F. Domingo Senen se, religioso mínimo, diciéndole, que en este volumen tiene aquellos libros que desde Italia habia venido á buscarlos en España, y llevárselos para consuelo de los suyos que tanto los deseaban. Consta tambien ciertamente, y puedo enseñar documentos, que al tiempo que enseñó la doctrina Luliana, en Mallorca, el doctor Pedro Juan Lobet, que murió año 1460, venian muchos de Italia á oírle, y lo continuaron todo el siglo XV y principios del XVI, como tambien otros por lo mismo pasaban á Barcelona. Todo esto bien reflexionado hace una clara demostracion de que en el siglo XV tenían mucho aprecio en Italia las obras y doctrina Luliana: por esto es muy verosímil que de ellas tomase Colon el referido dictámen tan eficaz en su mente, que le obligó á solicitar y ejecutar una empresa tan estraña.

«La circunstancia referida de haber estudiado Colon en la nombrada academia de Portugal, da motivo á otra conjetura grave de que tomó de la doctrina Luliana su dictámen de la existencia y situacion de la India Occidental, y del manejo que habia de tener su descubrimiento. El maestro de aquella escuela era un mallorquin que el infante don Enrique hizo venir de Mallorca, como lo asegura la *Historia de los Viajes*, lib. 1, cap. 1, al principio, diciendo en la nota adjunta: *Il avoit fait venir de l'Isle Majorque un mathematicien fort versé dans la navigation, et dans l'art de faire des instrumens et des cartes de mer. Il fonda une Ecole et une Academie, dont il le fit chef*. Aqui debo notar la poca exactitud del traductor de la historia, pues dejó en el tintero una nota, que es tan decorosa para España y particularmente para Mallorca.

«El maestro tan hábil, sacado de Mallorca, da prueba evidente de que habia en esta isla escuela de matemáticas, y particularmente de la náutica y pericia de hacer instrumentos y cartas de mar. La escuela de matemáticas en un reino, donde era dominante la doctrina del B. Lulio, se dirigia principalmente por los libros que escribió de ellas, pues de todas sacó á luz tratados propios; y no menos aquella filosofia experimental que enseña en sus obras, que sirve de fundamento para muchas operaciones que dirigen las matemáticas; por esto es muy verosímil que este maestro espusiese en su escuela aquellas especies que, ó en sus libros filosóficos ó en los matemáticos, propone el B. Lulio, como conducentes á

formar un concepto fijo, de hallarse otro continente al nuestro ocaso, y del método de practicarse su descubrimiento; y con esto Colon se confirmó mas en el juicio que antes habia formado, ó nuevamente lo concibió.

«De cualquier modo que sucediese, á lo menos de lo supuesto, es cierto (mientras no se produzca autor mas antiguo que lo diga claramente) que el B. Lulio es el primero que por sus filosóficas observaciones conoció y escribió clara y determinadamente que á nuestra parte occidental habia gran continente de tierra, por el cual se mantenía el flujo y reflujo del mar grande con las tierras de nuestro hemisferio, y que es muy verosímil que de sus libros se tomase la razon, de la que convencido don Cristóbal Colon, tuvo valor y constante ánimo para poner en ejecucion la inexcogitada empresa de ir á descubrir por aguas no conocidas aquella gran tierra que la sola razon le demostraba, y esto derecha y determinadamente á nuestro ocaso, que es el determinado sitio, en que por su filosófica observacion declaró estar el B. Raimundo Lulio, único autor original de tal idea.

«El arte de navegar, en que se perfeccionó Colon en la Academia de Portugal para esta empresa, no debió ser otra que la que aprendió en aquella escuela en que, ó mejoró las nociones náuticas que habia adquirido en su patria, ó dejando las anteriores por erradas ó inconducentes, tomó nuevas instrucciones del sábio náutico, que era jefe de aquella sociedad; y como era mallorquin, instruido en las matemáticas por la escuela de ellas floreciente en Mallorca, es consecuencia que la directiva de su empresa en Colon fuese el arte de navegar establecida por la doctrina del B. Lulio, pues fué el primer autor, cuando antes de él no se halla otro, que enseñó y escribió arte de navegar; y por las circunstancias referidas debia ser el arte que allí se enseñaba.»

Pero Raimundo Lulio, que figura á los ojos del filósofo como un gran sábio, se nos presenta tambien en los anales de la Edad Media como un adalid de la cristiandad, y como un verdadero apóstol, animado del ferviente deseo de propagar por do quiera las doctrinas evangélicas.

Anheloso cada vez mas de realizar su gran proyecto de una cruzada toda espiritual, recorrió varios Estados de Europa á fin de obtener poderosos recursos y la proteccion de algun príncipe para llevarla á cabo. Todos sus esfuerzos fueron vanos, y habiendo visto por último frustradas todas sus esperanzas, quiso intentar por sí solo la conversion de los infieles. Con efecto, se trasladó á Tunez en el 1292, á Argel en el 1305, y nuevamente á la primera de estas dos ciudades en 1315, á pesar de su decrepitud, por haber cumplido ya ochenta años. En las dos primeras expediciones obtuvo algun suceso, arrojando con abnegacion heroica y noble osadía los mas graves riesgos; pero en la tercera los habitantes de Tunez le lapidaron en términos que le dejaron próximo á espirar en una pública plaza. Un navío genovés le recogió moribundo y llevó su cadáver á Mallorca, en donde fué enterrado con honor á últimos del mismo año 1315 por sus compatriotas, que le proclamaron con sobrada justicia mártir.

Pouchet, al hablar de Raimundo Lulio, de sus viajes, de lo vasto de sus conocimientos y de su fervor religioso, se espresa en esta forma: «Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban en abono de sus principios, que se reducian á tres, y parecian fundados en la sana razon, eran estos: «Introducir el estudio de las lenguas orientales en los conventos; refundir todas las órdenes militares en

una sola para obrar con mas unidad contra los sarracenos; desterrar de las universidades las obras de los árabes, porque separaban á los alumnos de las ideas cristianas, substituyendo en su lugar las doctrinas del islamismo (1).»

Vamos por último á poner término á este artículo, reproduciendo el siguiente pasaje del mismo autor: «No es muy hacedero seguir en todas sus numerosas peregrinaciones á Raimundo Lulio, espíritu aventurero y caballeresco. Inteligente, animado de mucho fervor y deseoso de satisfacer su curiosidad, abraza indistintamente todos los conocimientos humanos. Un solo episodio de su vida nos da su mas vivo retrato: asistiendo de incógnito y en hábito de ermitaño á las conferencias de Juan Scott, dió á entender un dia por señas, meneando su cabeza, que no era muy fácil de comprender una de sus demostraciones. Entonces Scott, interrogándole como á un discípulo, le dijo en latin: «¿Qué partes tiene la ciencia?» Lulio respondió audaz y prontamente: «No tiene partes, es el todo (1).»

SALVADOR COSTANZO.

HISTORIA NATURAL DE SOBREMESA.

MONOGRAFIA ANECDOTICA DE LA OSTRA.

I.

HISTORIA DE LA OSTRA.

Pasando por la calle de los Viejos Agustinos en París, el año 1859, con mi padre, nos llamó la atencion un pequeño restaurant, donde se anunciaban ostras frescas de todas clases; entramos en un pequeño comedor, y sentados alrededor de un velador de mármol blanco, pedimos que nos sirvieran seis docenas de ostras. A poco rato una jóven agraciada y sumamente limpia, nos presentaba una fuente con las ostras que habíamos pedido.

—¿Quiéren vds. algo mas? nos preguntó sonriéndose.

—Nada, contestamos, gracias.

—¿Ni aun leche ó manteca, caballeros?

—¿Pues qué se come la ostra con leche ó manteca? pregunté yo admirado.

—Sí, caballero; la ostra se come con leche ó con manteca, es el mejor digestivo. Despues de haber comido una ó dos docenas de ostras, un sorbo de leche ó una rebanada de pan con manteca, evita que se indigeste.

—Pues traiga vd. manteca.

—¿No conoces la historia de la ostra? me dijo mi padre.

—No la conozco.

—Pues mientras nos comemos estas seis docenas, procuraré referirtela.

La muchacha trajo pan y manteca y empezamos á comer ostras. Mi padre me habló de este modo:

—La ostra (de la voz griega *ostreon*), se distingue de los demás moluscos por su concha adherente, inequivalva e irregular; charnela sin dientes; tiene una foreta cardinal

(1) Véase Pouchet, *Historia de las ciencias naturales en la Edad Media*; páginas 371 y 378.—París, 1853 (en francés).

(2) Pouchet, ob. cit., pág. 383.

oblonga, surcada al través, y que sirve para dar insercion al ligamento.

No hay conchas bivalvas mas irregulares y mas sujetas á dariar, de forma y de tamaño que la ostra.

Unas son perfectamente redondas, otras, como estas que ves aquí, ovales, ó muy prolongadas ó angulosas en sus contornos; sus valvas, de un espesor mas ó menos considerable, son aplandas ó bien combadas, muy á menudo



Vendedora de ostras y pescados en el mercado de los Inocentes en Paris.

hasta son contorneadas, y su superficie á veces lisa y continua, es de ordinario rugosa y se halla como compuesta de láminas rotas. Es raro encontrar dos individuos perfecta-

mente semejantes, por lo que es en extremo difícil la determinacion de las especies. La estructura de la concha es laminosa, y en todas las especies la valva inferior es an-

cha, gruesa y su concavidad mas ó menos notable, pero la valva superior es mas pequeña, mas delgada, ordinariamente plana y á veces como opercular.

Estas conchas son siempre adherentes y se pegan desde su nacimiento, no por medio de un bisus, sino por su misma concha, que se suelda sobre las rocas y los cuerpos sumergidos. La mayor parte de las especies se establecen sobre las rocas y en los fondos pétreos; hay algunas, sin embargo, que se pegan con preferencia en las raíces y en las ramas de los árboles que adornan las playas, y que la marea llega á tocar. En la embocadura de muchos rios de América y de las Grandes Indias, se ven grupos de ostras suspendidas y agitadas por el viento cuando el mar se retira: se las designa generalmente con el nombre de *ostras de los mangleros*.

Fijas las ostras durante toda la vida, no pueden ejecutar mas movimiento que el de cerrar y abrir su concha, y aun eso último no exige ningún esfuerzo, pues basta relajar el músculo interior que las une á las dos valvas para que haga entreabrir las la elasticidad del ligamento. En ese estado, el agua del mar, cargada de moléculas nutritivas animales ó vegetales, se introduce en la concha y lleva al animal los alimentos que de otro modo no podría alcanzar. Tan limitadas facultades colocan al parecer á las ostras en el último grado de la escala de los seres, lo cual induciria á creer que están enteramente privadas de inteligencia, si bien algunos naturalistas niegan esto último, fundándose en un hecho muy curioso.

Las ostras, espuestas á la diaria alternativa de las altas y bajas mareas, llegan á conocer que quedarian en seco durante algun tiempo, y conservan, segun se dice, agua en su concha, y esta particularidad las hace mas trasportables á grandes distancias que las otras pescadas lejos de las playas, porque, careciendo de la esperiencia de las anteriores, espulsan toda el agua que contienen. Muchos observadores aseguran tambien, que las ostras tienen en ciertos casos la facultad de la locomocion, y que si se encuentran despegadas por una causa cualquiera, pueden avanzar batiendo vivamente el agua con sus valvas y muchas veces seguidas.

II.

NACIMIENTO Y FECUNDIDAD DE LA OSTRA.

Ya que, conoces la historia de la ostra, voy á contarte, continuó mi padre, su reproduccion y su nacimiento. La ostra pone al principio de la primavera una especie de gelatina blanca que se llama FREZA, ella misma fecundiza esta gelatina que se adhiere á todos los cuerpos que rodean á la ostra.

Por medio de un lente se puede ver claramente en esta gelatina multitud de pequeñas ostras ya completamente formadas.

La fecundidad de la ostra es verdaderamente prodigiosa, tanto que si la del hombre fuera igual, no cabria en el mundo.

La ostra pone al año de cincuenta á sesenta mil huevos; esta fecundidad explica cómo pueden reproducirse esos inmensos bancos que nunca se agotan á pesar de la gran extraccion que de ellos se hace.

Varios autores pretenden que la ostra, á los cuatro meses de haber nacido, se halla en estado de reproducirse.

SEGUNDA SERIE.—1865.

III.

BANCOS DE OSTRAS NATURALES, ARTIFICIALES Y PRINCIPALES CRIADEROS.

La industria del hombre ha creado en todas partes el medio de la reproduccion. Asi es que por medio de la piscicultura, hoy dia se reproducen los pescados en lagos, estanques, fuentes y pequeños canales; con las ostras se ha hecho lo mismo. A la orilla del mar se han abierto grandes estanques cuidadosamente preparados en el fondo con capas de arena y piedra, de modo que este estanque en la marea alta quede cubierto por el agua, y casi seco en la baja marea.

Pescada la ostra en los bancos naturales, se coloca en los estanques que acabo de decirte, dejándolas en reposo durante seis meses, para que puedan hacer con quietud su reproduccion.

Los depósitos ó estanques ostreros mas célebres hoy dia, son el de *Marennes*, *Saint-Waast*, *Saint-Cast-Reville* y *Barfleur*, en el canal de la Mancha; *Courseulles*, en Calvados; *Etretat*, *Fécamp*, *Fréport* en el Sena Inferior, y *Dunquerque* en el Norte. En España los hay en Motrico, Baracaldo, Cádiz, Laredo, Santurce y otros varios pueblos.

IV.

PESCA DE LA OSTRA Y DIFERENTES CLASES DE OSTRA.

Varias son las clases de ostras que se conocen, y segun el sabio *Listow*, se conocen hasta trescientas sesenta y cinco especies de ostras, tantas casi como dias tiene el año. Las principales, que se distinguen en el comercio, son:

1.º Las ostras de draga, llamadas así del instrumento con que se arrancan y que luego te explicaré, llamadas tambien de pié de caballo. Viven á cierta distancia de la costa, y toman mayor crecimiento que las que se crían á orillas del mar, por esto son las menos estimadas.

2.º Las ostras de Ostende, que es la mas pequeña de las ostras, y la de gusto mas delicado.

3.º Las ostras de Marennes, que son consideradas como las mas esquisitas y superiores, diferenciándose de las demás por su color verde, color que los falsificadores, por medio del sulfato de hierro, quieren imitar para hacerlas valer mas.

Y 4.º Las ostras comunes, que son las que resisten con mas facilidad el transporte á mas largas distancias, porque, criadas á la orilla del mar, se ven obligadas á permanecer á menudo en seco, y se acostumbran, segun se dice, á conservar agua dentro de sus valvas durante el intervalo de una á otra marea.

Su tamaño es un término medio, y se prefieren, con razon, á las que han sido pescadas en los fondos cenagosos de las embocaduras de los rios.

La pesca se hace de varias maneras, pero la principal es la que se hace con la draga; especie de aro, guarnecido de una pequeña red, que sujeto con una cuerdecita, se deja caer al fondo del mar, sujetándolo antes á la barca con una cuerda mas gruesa; ya en el fondo, se tira de la cuerda, se abre el semicírculo, el que se adhiere á las piedras donde está la ostra, y se tira sacando de una vez varias ostras, repitiéndose la operacion cuantas veces se quiera pescar.

XXIII. 30